Semana decisiva

Carlos LARRINAGA

Historiador

Así pueden ser calificados los días transcurridos entre el 20 y el 26 de julio en Turquía. El atentado de Suruç, con el resultado de 32 muertos, ha marcado un antes y un después en la vida política de ese país. En primer lugar, porque ha sido obra del Estado Islámico, lo cual supone extender el conflicto sirio-iraquí a territorio turco. Y en segundo lugar, porque las víctimas han sido pro kurdas. En este sentido, el objetivo era una reunión de asociaciones juveniles de izquierda que estaban planificando la reconstrucción de Kobani, en el Kurdistán sirio. El hecho de que se haya producido tan cerca de la frontera, donde el despliegue de militares es notorio, no ha servido sino para exacerbar los ánimos entre los kurdos. De ahí que de nuevo hayan vuelto a acusar al gobierno de Ankara de connivencia con los islamistas radicales. De manera que lo han interpretado más como un golpe contra su propia comunidad, por su papel comprometido en la lucha contra el EI, que como un envite contra la misma Turquía. Hasta tal punto que el PKK ha confirmado la ruptura de la tregua que mantenía desde hace dos años y arremeter no sólo contra miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, sino también contra cuantos yihadistas circulan por suelo turco. Lo que ha generado toda una oleada de agresiones que no han hecho sino incrementar la inestabilidad política, abriéndose una peligrosa escalada por ambas partes.

No obstante, la masacre de Suruç también es un aviso a Turquía, que en los últimos meses se estaba viendo muy presionada por los componentes de la alianza anti-yihadista, en especial por Estados Unidos, para que actuara contra las posiciones del EI. Desde que esta organización criminal se hizo fuerte en Irak y Siria, siempre ha habido una cierta sospecha de que las autoridades turcas no hacían lo suficiente para combatirla. Al fin y al cabo, los simpatizantes europeos viajan normalmente por Turquía a los escenarios de guerra; los yihadistas aprovechan la frontera turca para traficar y muchos de ellos se movían allí hasta ahora con bastante libertad. Así lo han demostrado las redadas de los últimos días, con cientos de detenidos, muchos de ellos vinculados al EI. Al mismo tiempo, la escabechina coincidió con el anuncio de Ankara de ceder la base miliar de Incirlik a la aviación estadounidense, un paso crucial en su implicación en esta guerra. El otro ha sido sus primeros bombardeos contra los cuarteles del EI en el norte de Siria después de que el pasado 23 de julio cinco de sus militantes tiroteasen un puesto fronterizo turco provocando un muerto y dos heridos. Se trata, pues, de un giro sustancial para ese nuevo papel que le ha de corresponder a Turquía en este enfrentamiento.

La pregunta que nos podemos hacer, sin embargo, es por qué ahora. Para responderla es preciso tener en cuenta varias circunstancias. Primeramente, la importancia de las brigadas kurdas a uno y otro lado de la línea de demarcación. Turquía siempre ha sido remisa a armar y a apoyar a éstas por el protagonismo que están teniendo en la batalla contra el EI. El Kurdistán iraquí goza de una autonomía tal que apenas depende de Bagdad, lo que es visto con muchísimo recelo por Ankara, que teme la posibilidad de la creación de un Kurdistán independiente en tierras iraquíes, sirias y turcas. Eso generaría una crisis política de dimensiones incalculables. Por eso Turquía se ha negado desde el principio a facilitar las cosas a sus ciudadanos kurdos, a pesar de los problemas de imagen que esto le ha supuesto internacionalmente. Los actuales ataques contra acuartelamientos del PKK son una prueba de ello. Segundo, este malestar de los kurdos está generando una insatisfacción enorme, reflejado tanto en el éxito cosechado por el HDP en las pasadas elecciones legislativas, como en el ambiente de progresiva tensión en las provincias meridionales, de prevalencia kurda. Justamente, en un momento en que las conversaciones con los kurdos parecían ir por buen camino. A este respecto, la fechoría de Suruç ha sido un auténtico mazazo. Tercero, porque en Turquía hay casi dos millones de refugiados sirios, lo que, aparte de la crisis humanitaria que supone, implica asimismo una interpelación a actuar de una vez por todas. Y cuarto, porque la credibilidad de Turquía en su pugna contra el EI estaba cada vez más contestada. Mientras otras naciones han venido haciendo un esfuerzo considerable hostigando instalaciones y campamentos de

los yihadistas en Siria e Irak, Turquía se mantenía a la expectativa. Los últimos acontecimientos parecen haberse convertido en el aldabonazo para que el Ejército turco se implique a fondo en la operación anti-terrorista.

A mi modo de ver, el siguiente paso debería ser matizar su postura respecto de Bashar al-Asad. Desde el comienzo de la guerra civil en Siria, los mandatarios turcos han mantenido un discurso implacable contra el presidente sirio, apoyando en todo momento a las facciones rebeldes. Si, por fin, han decidido actuar contra los yihadistas y con una oposición muy debilitada, sería deseable que Ankara modulara su discurso y tratara de tender puentes con el régimen de Asad y, sobre todo, con su Ejército. Si tenemos cuenta que las grandes potencias han logrado un compromiso nuclear con Irán y que Teherán se puede convertir en una pieza clave en el devenir de este combate, estaría bien que Erdogan se sumara a este acuerdo a través de una aproximación a los gobiernos de Damasco y Bagdad. Sobre todo, cuando el EI, sunita como la mayoría de la población turca, ha dado ya sus primeros avisos. Al igual que los estados firmantes del arreglo en Viena, Turquía debería ser capaz de ver más allá y entender que el apoyo del régimen de los ayatolás contra el EI le puede beneficiar. Siquiera sólo porque con una intervención directa de su aviación, y preferiblemente de su Ejército, podría restar protagonismo a los milicianos kurdos. Para ello convendría una entente con las tropas sirias, que a duras penas tratan de frenar el avance de los yihadistas hacia la capital. Sin duda, una actuación en esta dirección nos revelaría a un Erdogan como gran estadista y no como un mero acumulador de poder, como interpretan amplios sectores de la sociedad, a tenor de lo visto en los comicios del 7 de junio.

25 de julio de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 1 de agosto de 2015, p. 22 y
en *El Correo*, 1 de agosto de 2015, p. 30 como “Turquía: semana decisiva”